

PROLOGO

Hace ya algunos años publiqué, en colaboración con mi hermano José Luis, un pequeño libro con el título de *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)* (1). La cuestión de las grandes enfermedades es un tema constante en la historia de España, como en la europea (2). La necesidad de conocer estas realidades se impone, no sólo al historiador de la medicina, sino a quién, como yo, milito en esa disciplina —tan amplia y tan denostada a veces— que es la historia del derecho. Ocupado en la codificación primera de los liberales (3), hube de tropezar con el proyecto de código sanitario de 1822 (4), así como —en el XVIII valenciano— con numerosas disposiciones acerca de las tercianas del arroz (5). Todos estos elementos, junto a otros, dieron origen a aquel libro, que hoy, si tuviéramos tiempo, nos gustaría revisar y ampliar...

¹ Madrid, 1972

² J. N. BIRABEN, *Les hommes et la peste en France et dans les Pays européens et méditerranéens*, 2 vols. París, 1975-1976.

³ «La primera codificación liberal en España (1808-1823)», *Revista crítica de derecho inmobiliario*, 48 (1972), 125-157.

⁴ Lo ha publicad recientemente J. M.^a LÓPEZ PIÑERO, *Mateo Seoane y la introducción en España del sistema sanitario liberal (1791-1870)*, Madrid, 1984.

Algunos trabajos posteriores con Pilar Mancebo sobre las consecuencias de la peste de Marsella de 1720, que aún cuando no alcanzó la península llenó de temores las costas mediterráneas (6), continuaron después sobre la peste del XVII. Se formó un equipo de varios historiadores, entre los que se encontraba Santiago La Parra, con quien rebusqué datos y discutí conclusiones e hipótesis. Las publicaciones resultantes avalan la calidad de nuestro esfuerzo (7). Tras esta etapa se interrumpe en mis estudios esta línea de investigación, que espero continuar en algún momento. Un grupo de personas habíamos trabajado juntos, unidos por razones de amistad, en España, salvo excepciones, sólo es posible cimentar de esta manera los trabajos colectivos, al menos en historia, que es el sector que mejor conozco... Las instituciones suelen representar entes administrativos o burocráticos...

* * *

⁵ M. y J. L. PESET REIG, «Cultivos de arroz y paludismo en la Valencia del siglo XVIII», *Hispania*, 121 (1972), 275-375. Hay nuevos datos, sin elaborar, en J. RIERA, *Estudios y documentos sobre arroz y paludismo en Valencia (siglo XVIII)*, Valladolid, 1983; en donde promete continuar.

⁶ M. PESET, P. MANCEBO, «Valencia y la peste de Marsella de 1720», *Actas del I Congreso de historia del país valenciano*, 4 vols. Valencia, 1973-1980, III, págs. 525-536; M. PESET, P. MANCEBO, J. L. PESET, «Temores y defensa de España frente a la peste de Marsella de 1720», *Asclepio*, 23 (1972), 131-189.

⁷ M. PESET, S. LA PARRA, M.^a F. MANCEBO, J. L. PESET, E. ARQUIOLA, M.^a V. LÓPEZ y A. CERVERA, «La demografía de la peste de Valencia de 1647-1648», *Asclepio. Archivo iberoamericano de historia de la medicina y antropología médica*, 26-27 (1974-1975), 197-231; como también «Madrid, villa y corte, ante la peste de Valencia de 1647-1648», *Estudis*, 5 (1976), 29-46; «Los médicos y la peste de Valencia de 1647-1648», «Gobierno y poder político en la peste de Valencia de 1647-1648» y «Los bandoleros y la peste de Valencia a mediados del siglo XVII», los tres en el *V Congreso nacional de la sociedad española de historia de la medicina*, Madrid, 1977, I, págs. 217-241, 243-263 y 265-282; «El clero ante la peste de Valencia de 1647-1648» *Anales valentinos*, 2 (1976), 307-343. Varían las firmas y su orden, pero he preferido no repetir los autores; pueden verse citados completos en F. GAVALDÁ, *Memoria de los sucesos particulares de Valencia y su reino en los años mil seiscientos quarenta y siete y quarenta y ocho, tiempo de peste*, Valencia, 1651, edición facsimil, 1979, con presentación de M. Peset.

Santiago La Parra es un buen conocedor del siglo XVII valenciano, como ha demostrado en algunas publicaciones (8). Pertenece, además, a ese género de personas que deben calificarse de historiadores "puros": gentes que investigan por vocación, sin una adscripción universitaria o a algún otro centro de investigación... Profesor de instituto de enseñanza media —como tantos otros de sus compañeros— combina su docencia con la investigación al máximo nivel. Mientras, en las universidades, algunos se limitan a una docencia rutinaria, con alguna publicación esporádica, hay profesores en la segunda enseñanza que investigan con altura y esfuerzo. Esta es la paradoja española, o mejor un gran defecto de nuestra estructura universitaria, incapaz de brindar acceso al trabajo... Pero dejaré esta cuestión. Ejemplos como el de nuestro ilustre historiador Antonio Domínguez Ortiz, o el del más joven, Manuel Ardit Lucas, son sangrantes. Peor para la universidad... La mediocridad no resiste el mérito.

Con este certero estudio sobre la peste en la Gandía del XVII, el autor demuestra su buen conocimiento de las fuentes y del tema. Su trabajo en el archivo, su análisis me parece inmejorable —el lector lo puede comprobar—. Además, se trata de un avance de sus estudios sobre Gandía que nos han de proporcionar, en el futuro, un conocimiento definitivo sobre el XVII en esa población. Creo que sólo a través de estudios monográficos, concienzudos e inteligentes, hace camino la historia. Ya sé que no conducen más que a un reconocimiento en círculos muy reducidos que, por lo demás se suelen caracterizar por su hipercrítica,

⁸ Además de las citadas en la nota anterior, «Peste y crisis política en Valencia (1647-1648)», *Estudios dedicados a Juan Peset Alexandre*, 3 vols., Valencia, 1982, II, págs. 455-476; «Entre el Renaixement i el Barroc: l'època dels Borja», en *El llibre de la Safor*, Sueca, 1983, págs. 267-274, y «Bandolers a la Safor», *Ullal*, 3 (1983), 5-16.

cosa saludable, si no se tiñe de envidia... Espero que el futuro trabajo de Santiago La Parra nos depare ese estudio de Gandía en la edad moderna que ha iniciado con estas páginas.

En la historiografía valenciana de la edad moderna se ha dado preferencia al siglo XVIII, por ser más copiosas y fáciles de hallar las fuentes. También porque han coincidido una serie de historiadores que se han ocupado de esa centuria. En cambio, los siglos XVI y XVII están faltos de estudios; no creo necesario apuntalar con la bibliografía correspondiente estas afirmaciones. Basta tomar el libro de James Casey acerca del XVII (9) —una síntesis muy bien trabada— para darnos cuenta de que buena parte de los materiales utilizados son de directa investigación, por no existir excesiva bibliografía referida a esta época. Aquel siglo requiere estudios monográficos, y Gandía podría ser una de las primeras en lograrlo. Posee dos elementos decisivos, a mi modo de ver.

--Las fuentes son copiosas, en los archivos de la ciudad y en el fondo de Osuna —en el archivo histórico nacional—, amén del archivo del reino de Valencia...

—La importancia de la ciudad de Gandía y de los estados de los Borja, confieren al tema unas derivaciones extraordinarias. No es una simple historia local —muy respetable, por otro lado—, sino una población esencial en su época y, hoy, estudiada a un nivel profundo, sería modelo genérico de nuestro siglo XVII, a contrastar con otras, después.

Por estas razones, me permito presentar este libro como avance y emplazar a su autor a que nos dé, en breve

⁹ J. CASEY, *The Kingdom of Valencia in the Seventeenth Century*, Cambridge University Press, 1979. Hay traducción catalana, Barcelona, 1981, y castellana, Madrid, 1983.

término, ese estudio que todos esperamos de él...

* * *

Hecha esta inicitación amistosa, me voy a permitir algunas consideraciones acerca de la historia de las enfermedades y su sentido. Quien la ha cultivado con intención de no sólo recoger sus datos, ha tenido que preguntarse necesariamente acerca de su situación e inserción en ámbitos más amplios. No pretendo realizar una recopilación de estudios sobre esta materia (10), ni una especie de estado de la cuestión, entre nosotros o en general. Son, más sencillamente, unas cuantas apreciaciones acerca de este campo de investigación.

Dos son las vías o especialidades por las que se llega a estos problemas usualmente: la historia de la medicina o la demografía. Es natural que los historiadores médicos se interesen por las enfermedades, de los más diversos tipos, no sólo en el contexto de los libros médicos sino en la realidad de sus estragos. Me atrevería a afirmar que les interesa cuanto se refiere a cualquier especie morbosa. Aunque, en general, se inclinan más, por su formación médica y por los destinatarios de sus estudios —los futuros o actuales médicos— hacia los libros de medicina que hacia los archivos, hacia los médicos antes que a las enfermedades. No obstante, consideran la historia de la enfermedad en su ámbito de estudio...

Por otra parte, los demógrafos también se ocupan de las grandes o menores mortandades, en sus análisis de la población. Si se quiere conocer las dimensiones de la pobla-

¹⁰ Una panorámica se hizo en J. L. y M. PESET, «Epidemias y sociedad en la España del antiguo régimen», *Estudios de historia social*, 4 (1978, 7-28; una versión más reducida en *V Congreso nacional de historia de la medicina*, Madrid, 1977, I, págs. 243-263.

ción, sus incrementos y decrementos a lo largo de un período, las enfermedades mortales han de ser tenidas en cuenta. Sus muertes, como datos, y su realidad, como causa de una población en disminución o estancamiento, tal como fué nuestro siglo XVII. La demografía ocupó, hace años, un lugar central en la historia. Vicens Vives, al regresar del congreso de ciencias históricas en París describía así sus impresiones:

La historia de los hechos políticos ha perdido definitivamente la primacía que hasta hace poco había ejercido en el conjunto de esa ciencia. El interés se ha concentrado en la discusión de las ponencias relativas a la historia económica, institucional y social. Esto ha dado lugar a nuevas y aceradas polémicas entre los partidarios del historismo y los propugnadores del materialismo dialéctico. Por los resquicios existentes entre ambos bloques ha hecho su aparición un tercer partido, el de los "demografistas", o sea el de aquellos historiadores que considerando insoslayable el examen de los hechos de carácter económico para la comprensión del pasado, intenta rehuir el materialismo histórico subrayando el papel preponderante de los hechos de población, de la demografía histórica (11).

Quizá hay algo de exageración en estas aseveraciones, pero, no cabe duda de que la demografía se le presentaba con marcado carácter de cuantificación y de técnicas refinadas... En la obra de Vicens, muchas veces, se muestra como variable esencial de una etapa, de unas realidades. Pero también en el amplio libro de La Roy-Ladurie, *Les paysans de Lanquedoc*, se considera, como objeto de estu-

¹¹ J. VICENS VIVES, «El Congreso internacional de historia de París», *Obra dispersa*, 2 vols. Barcelona, 1967, II, pág. 477. Véase sobre su ideario, M. y J. L. PESET, «Vicens Vives y la historiografía del derecho en España», en *Vorstudien zur Rechtshistorik*, ed. J.-M. Scholz, Franckfurt del Main, 1977, págs. 176-262.

dio, "...un grand cycle agraire, observé dans sa totalité et qui s'étend de la fin du XVe siècle au commencement du XVIIIe siècle, tal est, dans mon livre le personnage central. J'ai pu le décrire et le caractériser par les courbes de prix, naturellement; mais plus précisément par les études de démographie, cadastrale et totale, par les indices de production et d'activité, par les diagrammes sucesifs de répartition des terres, des fortunes et des revenus" (12). En este libro, como en otros escritos suyos, Le Roy Ladurie sabe atender a las enfermedades y la muerte.

La demografía es, sin duda, vía usual hacia las enfermedades que pueden explicar sus cifras o sus niveles. En un libro de Perez Moreda, *La crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*, aparecido en 1980, se muestra cómo la demografía bien hecha enlaza con la epidemiología histórica... Con todo, desde esta perspectiva la historia de las enfermedades que subordinada a consideraciones demográficas.

Yo creo que merece mucho más: un protagonismo sin exageraciones, ya que las epidemias constituyen acontecimientos importantísimos en la vida de una sociedad, como la guerra, o cualquier otra catastrofe colectiva. Por cierto, que la guerra apenas ha sido tratada com un suceso social: se estudia su financiación, o su táctica, la composición de sus ejércitos o la habilidad de sus generales... ¿Cuándo se estudiará una guerra con toda su amplitud, buscando determinar sus efectos sobre las diversas capas sociales? Porque unos se enriquecen, otros mueren, se empobrecen o emigran... Algo existe en este sentido, pero muy limitadamente. Los sucesos bélicos se desprecian, por lo usual,

¹² E. LE ROY-LADURIE, *Les paysans de Languedoc*, 2 vols. París-La Haya, I, pág. 633.

como vieja historiografía política —sin embargo, la guerra es un acontecimiento social—.

Las enfermedades sociales —las grandes epidemias o las constantes y usuales de una cierta sociedad— merecen un estudio inserto en su tiempo y en su comunidad. Para entenderlas y, a un tiempo, que nos sirvan de mecanismo de comprensión de esa sociedad. Si son endémicas forman parte de la vida social —como las tercianas mediterráneas durante la edad moderna—; si se presentan de vez en cuando, como la peste que ahora se describe en estas páginas, suponen una sacudida profunda en una comunidad de personas y, en sus actuaciones y reacciones, revelan muy nítidamente las realidades más profundas de esa sociedad. Son un trazo esencial de su historia...

La invasión de la epidemia, cuyos mecanismos naturales no se entienden, suscita una ideología inmediata, al ser considerada como castigo divino por los pecados de la comunidad. Una explicación de índole clerical que domina en muchos sectores, aún cuando, junto a ella, se puedan advertir elementos más racionales de la vieja ciencia médica. La mera conceptualización de la enfermedad nos revela ya elementos intelectuales dominantes en la sociedad del antiguo régimen. Elementos que están siempre presentes, sin duda, y se vierten ahora en la explicación de la enfermedad. Al mismo tiempo se destaca la labor de los clérigos y de las autoridades: el virrey Oropesa, en Valencia, era presentado como paladín y casi como víctima, al sufrir alguna enfermedad que, desde luego, no fue la peste. En Gandía es todavía más sorprendente: el duque procura mantenerse lejos, mientras con acendradas misivas muestra el interés que tiene por sus vasallos... La ideología permite siempre la contradicción más palpable, sobre todo, cuando no tolera ninguna corrección, ni puntos de vista diversos. Si alguno

pensó que el Borja había huido, no pudo dejarlo escrito en su época...

Pero interesan más los hechos: quienes huyen y quienes mueren. Las clases altas —el duque el primero— escapan de la ciudad contagiada, porque poseen mejor información y mayores posibilidades. El clero, no obstante, permanece en su mayoría y da testimonio de su misión y de sus creencias —sus víctimas justifican el estamento—. Los médicos, según aparece bastante claro en Gandía, o huyen o exigen elevados salarios por su actividad. La población muere sin más, a pesar de que se establecen lazaretos y cuarentenas, hasta que amaina el furor de la peste bubónica... El análisis de las rentas y gastos interesa siempre para descubrir el esqueleto o base de comportamiento de una sociedad atacada por el morbo.

La peste se refleja en numerosos sectores. Por de pronto, suele provocar una resistencia a aceptarla, se insiste en que es otro género de enfermedad, por las consecuencias que supone para el comercio y el aislamiento que ha de sufrir la ciudad. Normalmente produce fenómenos de acaparamiento y escasez de alimentos, lo que determina alzas de precios que algunos historiadores equiparan a hambres y deducen la conexión hambre-pestes. Por lo general, la peste ataca a grandes núcleos de población y centros comerciales en contacto con zonas endémicas del Levante mediterráneo y África... Sigue unos senderos de contagio que no reflejan hambres, sino circulación de hombres y mercancías... Los mecanismos del contagio sólo en muy segundo término tienen que ver con el hambre: pero los historiadores, encantados con una demostración que creen tan evidente, califican el ascenso de los precios de trigo u otros productos como hambre, y como el acaparamiento o las dificultades de mercado se producen en torno a la epi-

demia, quieren ver un hambre, acompañada de la peste (13). En Gandía no se produjo esa carencia y elevación de los precios, porque, al parecer, se había importado trigo poco antes de la segunda peste...

La peste produce un fuerte gasto municipal, pues son las ciudades las que tienen que enfrentarse a sus problemas. En Gandía se ha podido reconstruir —con inmensa paciencia— el gasto que supuso la enfermedad. Al mismo tiempo, se trae una descripción de la hacienda municipal; sin duda, representa un capítulo importante en los gastos. Esa conexión hacienda municipal y epidemia es un momento excepcional de otra más continuada: hacienda y enfermedad. Porque en el XVII la sanidad de una población se asegura a través de hospitales fundados por particulares, pero también mediante médicos pagados por el ayuntamiento. En una ocasión extraordinaria, como es la peste, no bastan los hospitales, y conviene establecer lazaretos, mientras el médico no quiere saber nada... Hay que hacer frente a las circunstancias excepcionales y dedicar fondos especiales... Es menester crear una organización sanitaria nueva, especial, porque son especiales las circunstancias vividas.

La peste bubónica significa muertos y enterramientos masivos. Todo ello crea problemas que han de solucionarse y, a la larga, debilita la tasa de crecimiento de las poblaciones. La escasez de personas en el reino, tras la sangría morisca, se vuelve a notar por los efectos de la peste —ésta común a grandes extensiones de Europa—. Constituye un elemento importante para comprender el estancamiento del seiscientos.

En definitiva, la peste y la enfermedad, contempla-

¹³ Contra esta idea, J. L. y M. PESET, «La última gran peste de occidente», *Asclepio*, 24 (1972), 467-472.

das en toda su amplitud y conexiones con los diversos aspectos históricos, es una pieza importante de nuestra historia. Desde luego, los coéteanos así la vivieron, en sus mentes y en sus cuerpos; y el historiador no puede desconocerla. Aunque, en general, se considera propia de demógrafos o de trabajos especializados. ¿Cuándo se terminarán los especialismos múltiples, que son sólo efecto de las limitaciones? ¿Cuándo llegará el día en que, quien haga una síntesis procure recoger todos los elementos existentes, y quien haga un estudio monográfico sobre una ciudad o zona atienda a todos los niveles? O, al menos que, confiese limitaciones, necesarias penetrar con profundidad en determinado sector...

* * *

La lectura de estas páginas sugerirá a cada uno sus propias ideas, enlazándose con los horrores y situaciones que aquí se nos narran. A mí, me ha sugerido, algunas consideraciones historiográficas. ¿Es que el historiador a fuerza de ver tantos horrores ha perdido sensibilidad? ¿No soy capaz de percibir las tragedias que sucedieron hace siglos en Gandía? El aficionado al arte, ante un cuadro se extasía, mientras el pintor o el crítico se fija con cuidado en la distribución de las masas o la tonalidad de los colores, en la técnica de la pincelada... En verdad, si es auténtico, primero se asombrará del conjunto, y sólo después empezará su análisis. Yo he procedido en sentido inverso ¿falta de sensibilidad? Es posible; la historia, y el presente también, nos muestran cada día tantas crueldades y tantas desgracias, que todos tenemos un tanto embotada la consciencia ante el sufrimiento de los hombres... ¿Como nos hemos de sentir alcanzados con sucesos de hace más de doscientos años, si cada día los sabemos más sangrientos y tristes?. Pero, con

todo, acusamos la evocación de aquellos días de peste, tan bien reflejados en estas páginas. Si no, el relato no poseería el interés que siempre acompaña a la muerte —en este caso, puesta en conexión con el poder social o político.

Mariano Peset

SANTIAGO LA PARRA

TIEMPO DE
PESTE EN
GANDIA
(1648-1652)

PRÓLOGO: MARIANO PESET

I PREMI D'ASSAIG

CIUTAT DE GANDIA

Edita: *Excm. Ajuntament de Gandia*

Disseny de la col.lecció: *Lluís Romero.*

Dibuix de la coberta: *Gravat que representa les vestidures de protecció usades pels metges de la pesta durant el segle XVII.*

Aquesta obra ha estat guanyadora del I Premi d'Assaig convocat per l'Ajuntament de Gandia, segons el criteri de l'Equip Assessor format per Antoni Ferrando, Ferran Garcia, Josep Iborra, Manuel López i Fermí Romaguera.